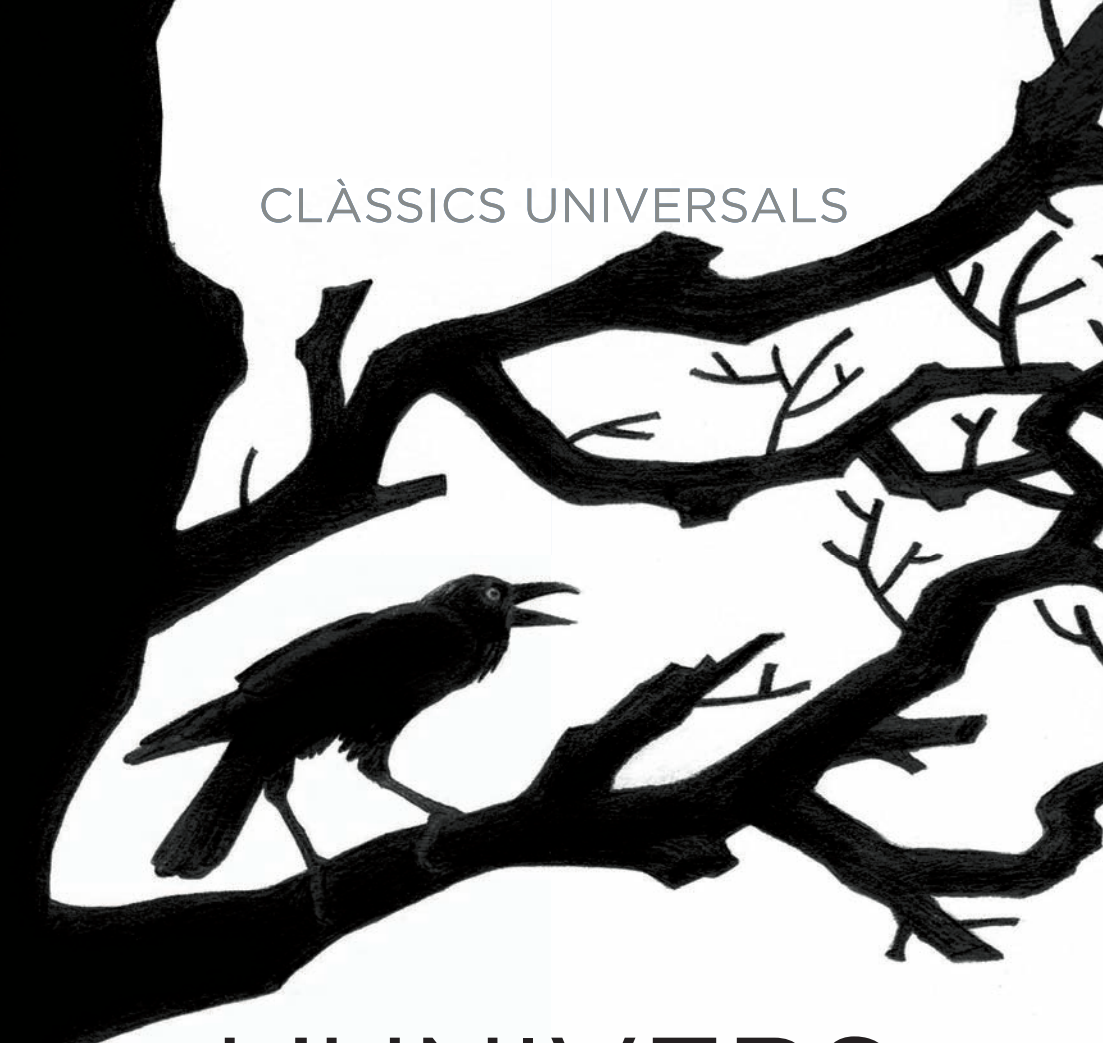
CLÀSSICS UNIVERSALS



L'UNIVERS DE POE

EDGAR A.

TRADUCCIÓ DE
MARGARIDA TRIAS

bambú

Editorial Bambú es un sello de Editorial Casals, S.A.

© 2009, de la traducción, José Manuel Álvarez Flórez
© 2009, de la introducción y del cuaderno documental, M. Pilar Gil
© 2009, de las ilustraciones, Pep Montserrat
© 2009, Editorial Casals, S. A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí
Ilustración de cubierta: Enrique Lorenzo
Mapa del cuaderno documental: © Jaume Farrés

Imágenes del cuaderno documental: © Aisa, © Album, © Corbis/Cordon Press, © Courtesy of the Edgar Allan Poe Museum, Richmond, Virginia (pp. 4-5, por los retratos de Elizabeth Arnold, Frances Allan y Sarah Helen Whitman), © Getty Images.

Cuarta edición: abril de 2012
ISBN: 978-84-8343-079-8
Depósito legal: B-7.707-2011
Printed in Spain
Impreso en Índice S.L.
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

EL ESCARABAJO DE ORO

¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! ¡Este tipo baila como loco!
Le ha picado la tarántula.

Todo equivocado

Hace muchos años, trabé amistad con el señor William Legrand. Era de una antigua familia hugonote[1] y, aunque había sido en tiempos rico, una serie de infortunios le habían reducido a la miseria. Para evitar la vergüenza consiguiente a sus desdichas, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston (Carolina del Sur).

Se trata de una isla muy singular. Consiste en poco más que la arena del mar, y tiene unas tres millas de longitud. Su anchura no excede en ningún punto el cuarto de milla. La separa del continente un canal casi inapreciable, que atraviesa un laberinto de juncos y cieno, morada favorita de las gallinetas. La vegetación es escasa, como cabe suponer, o al menos enana. No hay árboles de ninguna magnitud a la vista. Cerca del extremo occidental, donde se alza Fort

1. *Hugonotes*: protestantes franceses de los siglos XVI y XVII seguidores de Calvino, muchos de los cuales abandonaron su país para escapar a la persecución.

Moultrie, y donde hay algunos míseros edificios de madera, que alquilan en verano los que huyen del polvo y la fiebre de Charleston, se puede encontrar, ciertamente, palmito espinoso; pero la totalidad de la isla, con la excepción de esta punta occidental y una línea de playa blanca y firme en el litoral, se halla cubierta por una densa espesura de ese mirto oloroso que tanto aprecian los horticultores de Inglaterra. Ese arbusto, que suele alcanzar aquí quince o veinte pies de altura, forma un bosquecillo casi impenetrable que impregna el aire con su fragancia.

En lo más oculto y apartado de este bosquecillo, no lejos del extremo oriental o más remoto de la isla, Legrand se había construido una pequeña cabaña, en la que vivía cuando, por pura casualidad, le conocí. La relación se convirtió pronto en amistad, ya que había mucho en aquel ermitaño que podía despertar interés y estima. Me pareció muy culto, con una inteligencia excepcionalmente dotada, pero contagiado de misantropía,[2] y víctima de perversos estados de ánimo alternativos de entusiasmo y de melancolía. Aunque tenía muchos libros, hacía poco uso de ellos. Sus principales distracciones eran la caza y la pesca, o pasear por la playa y entre los mirtos, en busca de conchas o especímenes entomológicos (su colección de estos últimos podría haber despertado la envidia de un Swammerdamm).[3] En estas excursiones solía acompañarle un viejo negro, llamado Júpiter, que había sido

2. *Misantropía*: aversión al trato humano.
3. Jan Swammerdamm (1637-1680). Naturalista y zoólogo holandés.

manumitido[4] antes de los infortunios de la familia, pero al que ni las amenazas ni las promesas habían podido inducir a renunciar a lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven «Amo Will». No es improbable que los familiares de Legrand, considerando que estaba un tanto desequilibrado mentalmente, se las hubiesen arreglado para inculcarle esa obstinación, con vistas a la supervisión y custodia del vagabundo.

Los inviernos no suelen ser muy rigurosos en la latitud de la isla de Sullivan, y es un hecho bastante raro que se considere necesario encender el fuego en otoño. Hacia mediados de octubre de 18..., sin embargo, hubo un día notablemente frío. Poco antes de ponerse el sol me abrí paso entre el follaje hasta la cabaña de mi amigo, a quien hacía varias semanas que no visitaba. Yo vivía por entonces en Charleston, a nueve millas de la isla, y los medios de transporte para ir y volver eran muy inferiores a los de la época actual. Cuando llegué a la cabaña, llamé como de costumbre y, al no obtener respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Ardía un fuego espléndido en la chimenea. Era una novedad, y no precisamente desagradable. Me quité el abrigo, acerqué un sillón a los troncos chisporroteantes y aguardé pacientemente la llegada de mis anfitriones.

Llegaron poco después de oscurecer y me dieron una cordialísima bienvenida. Júpiter, que sonreía de oreja a oreja, se apresuró a preparar unas gallinetas para la cena.

4. *Manumitir*: conceder la libertad al esclavo.

Legrand estaba en uno de sus arrebatos de entusiasmo (¿de qué otro modo puedo llamarlos?). Había encontrado un bivalvo desconocido, que constituía un nuevo género, y, sobre todo, había encontrado y capturado, con la ayuda de Júpiter, un *scarabaeus* que creía que era totalmente nuevo, pero sobre el cual quería que le diese mi opinión al día siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté, frotándome las manos al fuego, y deseando que se fuese al diablo toda la tribu de los *scarabaei*.

—¡Ah, ojalá hubiese sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hacía tanto que no le veía..., ¿cómo iba a saber yo que me haría una visita precisamente esta noche? Cuando venía hacia casa me encontré con el teniente G., del fuerte, y, muy estúpidamente, le dejé el bicho; así que no podrá verlo usted hasta por la mañana. Quédese aquí esta noche y mandaré a Júpiter a buscarlo al amanecer. ¡Es la cosa más bonita de la creación!

—¿Qué? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! ¡No! El bicho. Es de color oro brillante... del tamaño aproximado de una nuez grande... con dos puntos negros como el azabache a un extremo del dorso y otro, un poco más largo, en el otro extremo. Las *antenas* son...

—No tiene cadenas, amo Will, se lo aseguro —le interrumpió entonces Júpiter—; ese bicho es todo macizo, de oro, por dentro y por fuera, menos las alas... no he visto nunca un bicho de esos que pesara ni la mitad que él.

—¡Bueno, Júpiter, será así! —replicó Legrand, con algo más de vehemencia, en mi opinión, que la que el caso requería—. Pero ¿es eso motivo para que dejes que se queme

la cena? El color —continuó, volviéndose a mí— casi parece justificar lo que Júpiter dice. Nunca he visto un brillo metálico más intenso que el que emiten sus élitros...[5] pero eso no lo podrá juzgar usted hasta mañana. De momento, puedo darle una idea de la forma.

Y, tras decir esto, se sentó a una mesita, en la que había una pluma y tinta, pero papel no. Buscó en un cajón, pero no lo encontró.

—No importa —dijo al fin—, servirá esto.

Y sacó del bolsillo del chaleco una hoja que me pareció que era papel de pliego muy sucio, e hizo en él un tosco esbozo con la pluma. Mientras él dibujaba, yo seguí sentado junto al fuego, porque aún tenía frío. Al acabar el dibujo, me lo pasó sin levantarse. Cuando lo cogí, se oyeron sonoros gruñidos y arañazos en la puerta. Júpiter la abrió e irrumpió el gran terranova de Legrand, que me plantó las patas en los hombros y me abrumó con sus caricias; yo le había hecho mucho caso en las visitas anteriores. Cuando terminó con sus retozos, examiné el papel y la verdad es que me sorprendí bastante al ver lo que había dibujado mi amigo.

—¡Vaya! —exclamé, tras contemplarlo unos instantes—, he de confesar que se trata de un *scarabaeus* extraño; nuevo para mí, nunca he visto nada parecido... salvo que se trate de un cráneo, o de una calavera... que es lo que se parece más que ninguna otra cosa que haya visto yo.

5. *Élitro*: cada una de las dos alas anteriores de los ortópteros y coleópteros, que al ser más gruesas y duras protegen el par de alas posteriores, las únicas aptas para el vuelo.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. Oh, sí, bueno, el dibujo tiene cierto parecido, no cabe duda. Los dos puntos negros de arriba parecen ojos, sí, y el de abajo, que es mayor, parece una boca... y luego la forma del conjunto es oval.

—Tal vez sí —dije yo—, pero me temo que no es usted un artista, Legrand. Hasta que no vea el escarabajo, no podré hacerme idea de su apariencia exacta.

—Bueno, no sé —dijo él, un poco ofendido—, yo dibujo aceptablemente... al menos debería hacerlo... He tenido buenos maestros y no me tengo del todo por un zote.[6]

—Pues entonces bromea usted, mi querido amigo —dije–, se trata de un cráneo muy aceptable... debería decir que es un cráneo magnífico, en realidad, de acuerdo con las ideas vulgares sobre esos especímenes de la fisiología... y, si se le parece, su escarabajo debe ser el más extraño del mundo. En fin, podríamos crear una superstición muy interesante en torno a este asunto. Supongo que le llamará usted *scarabaeus caput hominis*, o algo parecido... hay muchas denominaciones similares en la historia natural. Pero ¿dónde están las antenas de que me hablaba?

—¡Las *antenas*! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con aquel asunto—. Estoy seguro de que tiene que ver con las antenas. Las he dibujado tan visibles como son en el insecto original, y supongo que basta con eso.

—Bueno, bueno —dije yo—, tal vez las haya dibujado usted... pero yo no las veo.

6. *Zote*: lerdo, torpe para comprender las cosas.

Le pasé el papel sin más comentarios, pues no quería exacerbar su irritación. Pero me sorprendía mucho el cariz que habían tomado las cosas. Su mal humor me desconcertaba... y, en cuanto al dibujo del escarabajo, desde luego no se veía ninguna antena, y el conjunto mostraba una similitud muy clara con el esbozo de una calavera.

Legrand recibió el papel de muy mal talante, y estaba a punto de estrujarlo como si fuera a echarlo al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció captar de pronto su atención. Su rostro enrojeció primero intensamente y adquirió luego una palidez extremada. Continuó su examen detenido del dibujo unos minutos sin moverse de donde estaba sentado. Por último, se levantó, cogió una vela de la mesa y fue a sentarse en un baúl en el rincón más apartado de la habitación. Volvió a efectuar allí un inquieto examen del papel, girándolo en todas direcciones. No decía nada y su actitud me causó un gran asombro; pero consideré prudente no exacerbar con ningún comentario su estado de ánimo, crecientemente malhumorado. Luego sacó una cartera del bolsillo del abrigo, colocó con cuidado el papel en ella y depositó ambas cosas en un escritorio, que cerró con llave. Pasó entonces a mostrar una actitud más serena; pero su entusiasmo inicial había desaparecido del todo. Parecía sin embargo más abstraído que hosco. A medida que transcurría la velada fue quedándose cada vez más absorto en su ensoñación, de la que ninguna agudeza mía podía sacarle. Yo había tenido la intención de pasar la noche en la cabaña, tal como había hecho a menudo en ocasiones anteriores, pero, al ver de aquel talante a

mi anfitrión, me pareció que era mejor marcharme. El no insistió en que me quedase, pero me estrechó la mano al despedirme con una cordialidad mayor incluso de la que era habitual en él.

Aproximadamente un mes después de esto (y sin que hubiese tenido entretanto noticias de Legrand) recibí en Charleston una visita de su criado Júpiter. Nunca había visto al buen negro tan alicaído, y temí que le hubiese sucedido a mi amigo algún grave percance.

—Bueno, Jup —dije—, ¿qué es lo que pasa? ¿Cómo está tu amo?

—Ay, a decir verdad, amo, no tan bien como podría estar.

—¡No está bien! Lo lamento sinceramente. ¿De qué se queja?

—¡Bueno, ahí está el asunto! No se queja nunca de nada... pero a pesar de todo está muy malo.

—¡*Muy* malo, Júpiter! ¿Por qué no me lo has dicho enseguida? ¿Está en la cama?

—¡No, no está en la cama! No está en ninguna parte... ése es el asunto... Estoy muy preocupado por el pobre amo Will.

—Júpiter, me gustaría saber de qué hablas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué es lo que le pasa?

—Bueno, amo, no tiene por qué ponerse así por eso... El amo Will dice que no le pasa nada, pero entonces ¿por qué anda por ahí de esa manera, con la cabeza baja y con los hombros encogidos, blanco como un fantasma? Y se pasa el tiempo haciendo garabatos...

—¿Haciendo qué, Júpiter?